SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
29 de junio de 2014
Hch 12, 1-11; 2Tim 4, 6-8.17-18; Mt 16, 13-19

En la solemnidad de los dos santos apóstoles que hoy celebramos, la liturgia remarca que "fueron el fundamento de nuestra fe cristiana" (cf. oración colecta). Efectivamente, hermanas y hermanos, ellos son los dos testigos fundamentales de la fe.

Las lecturas que acabamos de escuchar nos dan los puntos básicos de esta iniciación en la fe que San Pedro y San Pablo aportaron a la Iglesia. Los aportaron a la comunidad cristiana naciente y, con los escritos del Nuevo Testamento, los aportan también hoy y aportarán hasta el fin de los tiempos. El primero de estos puntos, y el más central, es la fe en Jesús de Nazaret como Mesías e Hijo de Dios. Hemos oído en el evangelio cómo Pedro hacía esta profesión de fe fundamental en el cristianismo: *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.* Una afirmación de fe plenamente compartida por San Pablo, cuando escribe, por ejemplo, en la carta a los Romanos que *Cristo es Dios y está por encima de todo* (Rom 9, 5). Este es el fundamento de la fe apostólica: creer en Jesús como Mesías, y como Hijo único del Padre. Por eso la fe de Pedro es la piedra sobre la que Jesús edifica su *Iglesia*. La solemnidad de hoy nos invita a profundizar nuestra fe en Jesucristo y la liturgia, en el canto de comunión, nos la pondrá en los labios para que la confesemos ante el Cristo que recibimos en la Eucaristía.

La afirmación de fe sobre Jesucristo, sin embargo, no quedó en los dos apóstoles, ni debe quedar en nosotros, a un nivel puramente intelectual. Tanto Pedro como Pablo vivieron la fe en Jesucristo con un amor intenso; un amor que fue creciendo cada vez más. Es cierto que Pedro negó tres veces a Jesús, pero también después reafirmó tres veces su amor hacia él, un amor humilde pero, desde entonces, incondicional. Pablo fue su perseguidor; él mismo explica *con que saña perseguía a la Iglesia de Dios y la asolaba* (Gal 1, 13) hasta que Dios le hizo comprender que perseguir a la Iglesia era perseguir a Jesús (Hch 9, 4) y le hizo descubrir la persona del su Hijo, Jesucristo (cf. Gal 1, 16). Tanto San Pedro como San Pablo habían sido escogidos *desde las entrañas de la madre* y habían sido llamados, cada uno en su momento, por la gracia de Dios al ministerio apostólico (cf. Gal 1, 15). Aunque experimentaron la debilidad humana, por la fuerza del Espíritu su creciente amor a Cristo los llevó a ofrecerle toda su vida. El uno y el otro sentían en el fondo del corazón la pregunta amistosa y exigente a la vez: ¿me quieres? Y uno y otro, cada uno según su temperamento y su estilo, fueron respondiendo en el fondo del corazón y con hechos: *Señor, tú lo sabes todo; ya lo sabes que te quiero* (cf. Jn 21, 17), porque en la Iglesia ser pastor del pueblo de Dios es tarea de amor (St. Agustín, Comentario al evangelio de san Juan, 123, 5). Este es al segunda enseñanza básica que nos ofrecen los Apóstoles Pedro y Pablo: Jesucristo es digno de ser amado por encima de todo y merece que pongamos toda nuestra vida a su disposición.

Hay, además, una tercera enseñanza que nos ofrecen los dos Apóstoles que celebramos hoy. Quien cree en Jesucristo y le estima debe anunciarlo a los otros, para que le descubran y puedan acercarse a él todos los que están *cansados y agobiados* y encontrar reposo en su amor benevolente (cf. Mt 11, 28 - 29); encontrar en él, Jesucristo, el sentido a la existencia así como la paz y la alegría del corazón. Pero la vida de nuestros dos Apóstoles -y esta es la cuarta enseñanza que nos ofrecen- se encontraron con incomprensiones, con persecuciones, como hemos oído en la primera lectura. Y, por amor, las sufrieron con generosidad y *contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús* (Hch 5, 41). Él les *asistía* y les daba *fuerzas,*

como decía san Pablo en la segunda lectura, para que terminaran su misión evangelizadora. Lo hicieron hasta terminar su *carrera* en este mundo y ofrecer su vida *como una libación* en el martirio que hoy conmemoramos, sabiendo que Dios les otorgaría la salvación en *su Reino celestial*. Todo bautizado, por el dinamismo espiritual que le aporta la fe, debe ser testigo de Jesucristo. Y, por el hecho de manifestarnos como cristianos, nos podemos encontrar también con incomprensiones, con bromas burlonas, con descalificaciones. Pero el Señor, como a los apóstoles, nos asiste y nos da *fuerzas*; y nos promete la vida para siempre en su Reino.

Cabe destacar, también, una quinta enseñanza a partir de las lecturas de hoy: la fraternidad cristiana y la comunión eclesial que hacen nacer la solicitud mutua entre los discípulos de Jesús. En la primera lectura se nos decía que Pedro estaba en la cárcel y *la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él*. Era una oración convencida y llena de estimación, tal como lo manifiesta la alegría con que Pedro es recibido una vez liberado (cf. Hch 12, 12-17). Esta dimensión fraterna también estaba muy presente en San Pablo: *¿quién enferma* -escribe- *sin que yo enferme?* Porque vivía cada día *la preocupación por todas las comunidades* (2Cor 11, 28-29). Esta solicitud eclesial la debemos vivir todos para ser coherentes con nuestra fe. Y la tenemos que vivir en varios niveles: con nuestros pastores, con los demás bautizados que forman parte de la Iglesia en nuestro país y que quizás tienen sensibilidades y opciones diferentes de las nuestras; con el Papa Francisco, obispo de Roma, la iglesia de Pedro y Pablo que preside todas las demás en la caridad, con los hermanos en la fe de otras culturas y naciones. Sin olvidar la urgencia de trabajar por la unión de todos los cristianos para cumplir el deseo ardiente de Jesús que todos seamos uno (cf. Jn 17, 21) y ofrecer un testimonio más creíble en nuestro mundo. Para servir mejor a la sociedad, es necesario que los que somos miembros de la Iglesia vivamos en comunión los unos con los otros; una comunión que no quiere decir uniformidad, sino unidad en lo fundamental y diversidad respetuosa en las cosas opinables, siempre desde el amor fraterno. En el ámbito de la Iglesia, además, encontramos la liberación interior y el perdón de los pecados.

Fe en Jesucristo amado por encima de todo, testimonio gozoso, disponibilidad a llevar la cruz como camino hacia *el Reino celestial*, comunión eclesial. Son los puntos fundamentales en los que San Pedro y San Pablo iniciaron "la Iglesia en la fe cristiana".

Celebremos, pues, con alegría la solemnidad de estos dos grandes apóstoles que nos ayudan con su enseñanza y con su intercesión a adentrarnos más y más en "la fe cristiana". Y sintámonos alentados a renovarse nuestra adhesión personal y eclesial a Jesucristo ahora que al participar de la Eucaristía repetiremos la profesión de fe fundamental: *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.*